

ELOGIO FUNEBRE  
—DE—  
NUESTRO SMO. PADRE EL SR. PIO IX

Y DE LOS PRELADOS  
QUE ASISTIERON A LA CONSAGRACION DEL ILLMO.

SR. DR. D. IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGON,

PREDICADO EN LA CATEDRAL  
DE SAN LUIS POTOSI

—POR EL—  
PBRO. DR. ANTONIO J. PAREDES

EL DIA 11 DE MARZO DE 1896.



MEXICO.

—  
EN LOS OFICIOS DE LA LIBRERÍA RELIGIOSA.  
Calle de Tiburcio número 18.

—  
1896.

BX1373

P3

C.1

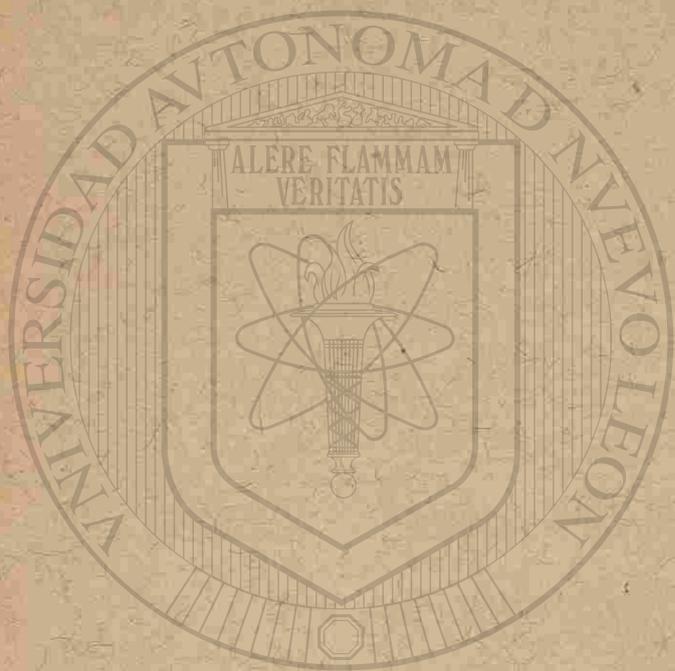
BX1373

P3

C.1



1080024653



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ELOGIO FUNEBRE

-DE-

NUESTRO SMO. PADRE EL SR. PIO IX

Y DE LOS PRELADOS

QUE ASISTIERON A LA CONSAGRACION DEL ILLMO.

SR. DR. D. IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGON,

PREDICADO EN LA CATEDRAL

DE SAN LUIS POTOSI

FOR EL

PBRO. DR. ANTONIO J. PAREDES

EL DIA 11 DE MARZO DE 1896.



MEXICO.

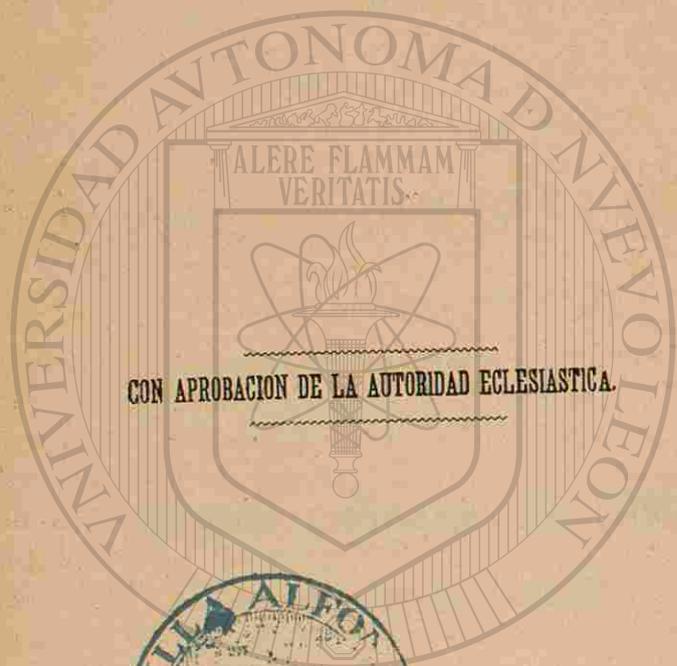
TALLERES DE LA LIBRERÍA RELIGIOSA.  
Calle de Tiburcio número 18.

1896.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Teller

Bx1373

P3



FONDO DIETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

125188



*Noli erubescere testimonium Domine nostri, neque me vinctum eius, sed collabora evangelio secundum virtutem Dei, qui nos liberavit et vocavit vocatione sua sacra.*

No te avergüences de confesar públicamente á Nuestro Señor, ni de mí que estoy en cadenas por amor suyo; antes bien á una conmigo trabaja por el Evangelio, valiéndote de la virtud de Dios que nos libertó y llamó con una santa vocación. II ad Tim. I. 8 9.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

No pudiera yo dar mejor principio á mi oración en este solemnísimo día, que copiando las palabras con que el Magno León se dirigía al pueblo de Roma que celebraba una festividad análoga á la que hace tres días venimos celebrando. Me gozo sobremanera, decíales en el tercer aniversario de su asunción al Supremo Pontificado, al ver el espontáneo y religioso movimiento de vuestra devoción y reconocer en él, estrecho vínculo de la unidad cristiana. Esa multitud que llena este recinto, es una prueba de que comprendéis ser motivo de común regocijo la recurrencia de esta festividad, pues celébrase el honor de toda la grey en la fiesta anual del Pastor. Y aunque en la Iglesia de Dios haya diversos grados, á fin de que en la unión de los diversos miembros, subsista la integridad de ese cuerpo sagrado; sin embargo *todos somos una misma cosa en Cristo*, y nadie, por razón del oficio que desempeña, de tal modo está separado de los demás que no tenga la necesaria conexión con la cabeza. . . . Pero si esta unión debe ser causa de univer-

sal regocijo, lo será mucho mayor y más excelente si no deteniéndonos en la consideración de mi humildad nos consagramos á venerar en este día la memoria de aquel Pontífice Sumo de quien brotó cual de fuente cristalina el raudal de carismas y de dones que pasando antes por mi persona, inundó á toda la cristiana grey. Así el perfumado unguento con que fué ungida la cabellera de Aarón no se detuvo en sus abundosas guejetas, sino que descendió hasta bañar la orla de su rica vestidura.

Hoy, señores, el egregio Pastor á cuya solicitud está encomendada esta noble porción de la grey de Jesucristo, al celebrar el vigésimo quinto aniversario de su consagración episcopal, os dirige por mis labios estas mismas palabras y os exhorta á que veneréis la memoria y recordéis los gloriosos hechos de aquel Pontífice sucesor de Pedro, del inmortal Pío IX, que al imponer la manos al preclaro sacerdote que hoy es vuestro Pastor, lo hizo depositario de esos dones celestiales que mediante sus trabajos apostólicos han llegado hasta vosotros enriqueciendo sobremanera vuestras almas.

Paréceme, señores, que en el día que hoy conmemoramos, el Pontífice Máximo, dirigiéndose al electo, al derramar sobre su cabeza el óleo santo, al entregarle el libro de los Evangelios, para que viniese á predicarlo entre los fieles que deberían ser objeto de su vigilancia pastoral, le dirigiría palabras muy semejantes á las del Apóstol Pablo que acabáis de oír. Las circunstancias en que aquellas fueron pronunciadas no eran en extremo desemejantes á las que rodeaban al Noveno Pío, en la época á que me refiero. Habían solo corrido seis meses desde el día en que ocupada la Ciudad Eterna por el ejército piamontés, y

consumado el despojo del patrimonio de San Pedro, el Papa se hallaba verdaderamente prisionero entre los muros del Vaticano, como Pablo el gran Apóstol el año 67 de nuestra era. Esta prisión no fué sin embargo azás poderosa para contener los impulsos de su celo. Como el Apóstol, velaba por las necesidades de la cristiana grey, y multiplicando su solicitud mientras los enemigos de la Iglesia más se esforzaban en enervar su acción, sus discursos eran más ardorosos y sus palabras llegaban más al corazón.

Fué entonces cuando dirigiendo su vista á una considerable porción del territorio mexicano, en donde una multitud de ovejas encomendadas á su cuidado pedían un Pastor que las condujese á las eternas pascuas, y encontrando en el egregio sacerdote que hoy es vuestro Obispo las cualidades que el Apóstol pide para el Pastor, le impone las manos y señalándole la porción de la Iglesia que debe regir: "Ve, le dice, y sin temor predica á Jesucristo; si allí te esperan sinsabores y tribulaciones, acuérdate que eres discípulo del rey de los mártires é hijo mío que por su amor estoy cautivo; derrama el bien á manos llenas valiéndote de la virtud de aquel que no contento con rescatarnos y libertarnos de ominosa servidumbre á los dos nos ha honrado con una vocación santa".

Permitid, señores, que hoy, después de que han pasado veinticinco años, desde el día en que palabras muy semejantes á éstas fueron pronunciadas por el gran Pío IX, al recordar los inmensos beneficios que Vuestro Ilmo. Prelado ha derramado en las tres Diócesis por él regidas, al admirar la constancia que ha opuesto siempre á las contradicciones y adversidades que han surgido en el ejercicio de su ministerio pastoral, busque la razón y la causa de tan relevantes

prendas en los ejemplos y palabras del Pontífice cuyas principales virtudes fueron: el celo ardiente por defender la santa causa á Él encomendada y la más heroica resignación en medio de los sufrimientos que tuvo que padecer para llevar á cabo tan santa empresa; del Pontífice cuyas sienes ciñe la doble aureola de Apóstol y de Mártir.

Esta será la materia del elogio fúnebre que consagraré á la memoria del muy ilustre Sr. Juan María, de los Condes Mastai Ferretti, Secretario de la Nunciatura en la República de Chile, Arzobispo de Espoleto, Obispo de Imola, Cardenal Presbítero de la Santa Iglesia Romana, Sumo Pontífice de la Iglesia Universal con el nombre de Pío IX y rey de Roma.

El relato de sus hechos y admirables virtudes me dará más de una ocasión para mencionar las de los ilustres preladados y del esclarecido general cuyos recuerdos van asociados al del gran Pontífice en esta fúnebre ceremonia.

No comenzaré, sin embargo, mi difícil tarea sin postrarme antes humildemente para adorar al Arbitro Supremo de nuestra vida, al Dios en quien vivimos, nos movemos y somos, al Rey que nunca aparece tan grande á nuestros ojos como cuando reina sobre la tumba del que tuvo el poder más grande que puede haber sobre la tierra. Venid, pues, os lo ruego, Ilustrísimo Señor, venerables sacerdotes, amados hermanos míos, venid y adoremos al Rey, para quien todo vive.

*Regem cui omnia vivunt, venite adoremus.*

El siglo décimonono llegaba ya á su medianía, preñado de fieras tempestades próximas á estallar en el seno del viejo mundo. Era la triste herencia que ha-

bía recibido del siglo que concluyó con las horrorosas hecatombes del 93 y los cambios políticos del 99. Los principios proclamados en la Asamblea nacional de Francia y compendiados en sonoras palabras halagadoras en extremo, habían logrado seducir á muchas inteligencias y encender en los pueblos el fuego de la revolución. Por otra parte el cesarismo, esa usurpación de los poderosos del mundo en contra del rey del cielo, preparaba grandes desastres á los pueblos. Gregorio XVI había bajado al sepulcro presagiando la tempestad y pidiendo al Señor como otro Agustín, que no le permitiera ver la desolación de la Iglesia Romana que ya presentía. Quince años hacía que el venerable Pontífice luchaba penosamente con la revolución, cuyas pretensiones y esperanzas veía crecer de día en día, y que encendida por las sociedades secretas y ayudada por los mismos soberanos, como él amenazados, pero ciegos, había concentrado fuerzas y mezclado elementos que pronto iban á estallar con graves daños de la Iglesia y de la sociedad.

Este fué el momento escogido por la Providencia para colocar sobre la cátedra de Pedro al Pontífice destinado por ella para salvar á la Iglesia en medio de tan espantosos conflictos. El 16 de Junio de 1846 el pueblo romano, que esperaba ansioso la fausta nueva ante los balcones del Quirinal, oyó con sorpresa proclamar un nombre que no se había pronunciado antes de la elección y correspondía á una persona á quien raras veces se había visto en Roma. Era el del Emmo. Cardenal Juan María Mastai Ferreti, que subiendo al trono pontificio tomó el nombre de Pío IX. Fué su cuna la antigua *Sena Gallica*, pequeña ciudad de la Umbría, situada en las pintorescas costas del Adriático. La familia Mastai era una de las más conocidas en

el país. Originaria de Crema en la Lombardía, se había trasladado á Sinigaglia en el siglo XV, donde se distinguió por sus servicios y virtudes en el espacio de cuatrocientos años. Unió á su nombre el de Ferretti por medio de la alianza con el último vástago de esa familia. El conde Jerónimo tenía por esposa á D<sup>a</sup>. Catalina Sollazzi, su igual así en estirpe como en nobleza de alma, y Dios les concedió varios hijos, siendo el segundo Juan María, que debía ser un día el Pontífice Mártir y que vió la primera luz el día 13 de Mayo de 1792.

Pasaré en silencio las virtudes de que dió temprana muestra en sus años juveniles y aun en los principios de su sacerdocio. Su vida pasaba oculta y los efectos de su ardoroso celo aún se veían aprisionados en el recinto que el caritativo Borgi había establecido para el refugio de miserables enfermos y huérfanos desvalidos. No hablaré de sus trabajos apostólicos en la América del Sur, cuando nombrado secretario del Nuncio enviado á la República de Chile, visitó durante dos años sus misiones, así como las de Perú y de Colombia, aprendiendo sin sospecharlo, á ser el Pastor supremo de ambos mundos. Nada faltó á este aprendizaje apostólico. Ni fatigas al atravesar los desiertos de las Pampas y la cordillera de los Andes; ni hambre, ni aun la prisión con todos sus horrores.

Con inmenso pesar omito también el relato de las virtudes por él practicadas en el gobierno de las diócesis de Espoleto y de Imola, y paso luego á presentaroslo en el teatro de sus heroicos hechos y de sus imponderables martirios.

La revolución que para enervar la acción del Vicario de Jesucristo había, por medio de la diplomacia y de la prensa, rodeado á Gregorio XVI de una impopu-

laridad universal, trató de llegar al mismo fin y aun de conseguirlo más prontamente, valiéndose del medio contrario con relación á Pío IX. Al publicarse su elección, al ver las multitudes aparecer en el balcón un hombre de elevada estatura, de noble y majestuoso continente, y más jóven de lo que estaban acostumbrados á ver á los Papas, que con la frente pálida pero serena se adelantaba á bendecir por primera vez á sus nuevos hijos, tuvieron algo como una revelación de la grandeza de alma de Pío IX. Entonces un grito de inmenso júbilo salió de todos los labios y el entusiasmo más intenso se apoderó de todos los corazones. Este entusiasmo llegó á su colmo cuando el nuevo Pontífice, obedeciendo á los impulsos de su generosidad, concedió amplia amnistía á los presos políticos que se hallaban en las cárceles de Roma.

Desde ese momento no hubo alabanza ni gloria que no se tributase á Pío IX; aun los más descreídos se convirtieron en panegiristas de la Iglesia del Papado, ó más bien dicho, del Papa. Fué una competencia de alabanzas y de homenajes que hubiera parecido un milagro, si no hubiera sido un artificio, una asechanza de sus enemigos. En las magníficas iluminaciones, en el cotidiano desfile de multitud de romanos delante del Palacio, en los entusiastas himnos y estruendosos vivas que llenaban el espacio, en ese hosana universal habría visto los preludios de la crucifixión, quien hubiera podido leer en las cartas de Mazzini estas palabras: «Aprovechad, escribía á los agentes de las sociedades secretas, aprovechad la menor concesión para reunir las masas, aunque sólo sea con el objeto de demostrar gratitud. Esto les dará idea de su fuerza: primero pedirán, después exigirán.»

Pronto se vió cuál era el fin que perseguían los sec-

tarios en estas ruidosas manifestaciones. La creación de la guardia cívica, la reunión de una Cámara en donde se discutiesen los asuntos pertenecientes al gobierno temporal de los Estados de la Iglesia, no lograron calmar las exigencias de los que al solicitar estas concesiones y al aplaudir la benignidad del Pontífice, que no aparecía enemigo de la cristiana libertad, cuando implantaba estas reformas, querían ir más allá y minar poco á poco el robusto plinto sobre el que asienta su pie la Iglesia de Jesucristo.

¡Ay! sí; el final de esa hosana fué el asesinato del conde Rossi, ministro del Papa y presidente de la Cámara, que al caer mártir bajo el puñal asesino expió sus antiguos errores, y puso de manifiesto las miras de las logias. Pocos días después, el Papa se veía obligado á dejar ocultamente su querida Roma y buscar un asilo hospitalario en la Mola de Gaeta. Había triunfado la revolución; el conspirador Mazzini se había apresurado á coger los frutos del árbol que había sembrado, formó parte del triunvirato que había de regir á la república romana, declaró abolido el poder temporal y á Pío IX privado del título de rey. Pero esa misma fuga del Papa desconcertó á la revolución. Pueblos, príncipes y parlamentos vieron entonces cuán necesario es para la seguridad de las almas y cuán grande el vacío que deja en pos de sí ese poder temporal que tan molesto parece á algunos cuando no está caído. La opinión pública, que acababa de presenciar con indiferencia la caída de tantos tronos, conmovióse profundamente al ver que desaparecía el del Papa; y pronto las tres naciones más católicas, Francia, España y Austria, aprestaron sus ejércitos, cabiendo á la primera, como hija primogénita de la Iglesia, el honor de restablecer al Papa en su trono.

Aprovechemos, señores, los nueve años de relativa paz y prosperidad que siguieron á estas tormentas para recordar los gloriosos hechos que en pro de la Iglesia Universal llevó á cabo el inmortal Pontífice. Es el primero por su importancia y el grande lustre que proporcionó á la religión cristiana, la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María, hecho que llenó del más santo júbilo á nuestros padres, y que aún hoy recordamos poseídos de inmensa alegría. Era el día 8 de Diciembre de 1854, día que coronó la esperanza de los siglos pasados, bendijo el siglo presente, atrajo la gratitud de las edades venideras, y dejó imperecedera memoria; día en que fué pronunciada la primera definición de la fe, y que no precedió ningún disenso, ni sucedió alguna herejía. Toda Roma se vistió de fiesta. Inmensa multitud de todas lenguas se apiñaba en los alrededores de la gran basílica de San Pedro, demasiado estrecha para la multitud que anhelosa trataba de presenciar la solemnidad. El júbilo más intenso desbordóse de los corazones á los labios cuando el Pontífice leyó las solemnes palabras de la definición, y no limitándose á la Capital del orbe católico llegó hasta sus últimos confines, y en todas partes al nombre de la Inmaculada Virgen María unióse en justo concierto de bendiciones y de amor el del Augusto Pontífice que de tan hermosa corona ciñó las sienes de la Madre de Dios.

La solicitud de velar por el patrimonio de San Pedro jamás disminuyó en un ápice la providencia paternal con que velaba por el incremento del catolicismo y exaltación de la fe en todo el universo. En lo tocante á la administración de la Iglesia, sería preciso remontarse á los tiempos apostólicos para encontrar una actividad comparable con la suya. Logró ver resta-

blecida la gerarquía eclesiástica en Inglaterra y en Holanda. Consiguio que en la isla que regaron con su sangre los ilustres mártires á quienes él canonizó ó beatificó penetraran los primeros vicarios apostólicos, y durante su fecundo pontificado creó veinticinco sedes metropolitanas y ciento noventa y dos episcopales ó vicariatos apostólicos.

No se ventiló cuestión de importancia en el mundo que no hubiera pasado por sus manos. Todas las miserias hallaron en él alivio y todos los oprimidos un verdadero padre. Díganlo si no los infelices irlandeses acosados por el hambre y agobiados bajo la presión gubernamental, socorridos en la primera necesidad por la caridad de Pío IX y defendidos empeñosamente de lo segundo. Testigos de ello fueron también los moradores de la cristianísima Polonia, reino que con infuca violación de todo derecho se dividieron tres grandes potencias, sin que se hubiera alzado otra voz, á no ser la del Pontífice para protestar contra ella.

No terminaré esta ligera reseña en la que sólo he apuntado las principales obras que llevó á cabo la actividad y celo del Pontífice Pío IX, sin decir algunas palabras del Concilio Vaticano, el suceso más notable del siglo XIX. Jamás, ni en Trento ni en Lyon, ni siquiera en Nicea, Constantinopla ó en Efeso, se había visto agruparse tan crecido número de príncipes de la Iglesia para tratar asuntos relativos á la fe; y jamás, á no ser en Trento, sus trabajos habían sido más importantes. Verdad es que quedaron interrumpidos; pero al declarar obligatorias claramente y sin ambages, las decisiones doctrinales de la Santa Sede, colocó entre las opiniones contrarias á la fe todo lo que el *Syllabus* condena, y proclamó con Pío IX, que el liberalismo tal cual lo definió, es error incompatible no

sólo con la sana filosofía, sino con la doctrina revelada. Merced á él sabemos la enfermedad que aqueja á la sociedad contemporánea; sabemos cuál es su remedio, y en estos tiempos tan turbados en que vivimos sabemos de dónde vendrá la salud.

Paso ahora á hablaros de esa serie de calamidades que agobiaron á la Iglesia y de martirios que atormentaron el alma santa del Pontífice de la Inmaculada y llenaron de amargura más de la mitad de su glorioso Pontificado. Al subir Pío IX al trono pontificio, el liberalismo, monstruo todavía desconocido, que se disfrazaba con la palabra libertad, fascinaba las conciencias vacilantes. Empezó Pío IX por tomar al liberalismo tal como se presentaba, en cuanto era compatible con los sólidos principios de la doctrina católica, poniéndolo en el caso de realizar sus promesas y de hacer la felicidad del Estado. Sabido es lo que entonces ocurrió: el liberalismo reveló al punto sus sangrientos é hipócritas instintos; sus primeras hazañas fueron el asesinato del ministro y sus tentativas de seducir al Pontífice. Púsose entonces de manifiesto que el liberalismo no es más que una de las formas de la revolución, es decir de la rebelión eterna que, poniendo á la criatura sobre el Criador, hace á los hombres ingobernables y hasta insociables, y aparentando civilizarlos, los conduce á la barbarie.

Entonces, dice un orador cristiano, empezó su gran misión el Pontífice: emprendió una lucha cuerpo á cuerpo con la revolución; se empeñó en aplastarla, y la denunció públicamente como hija de la mentira y madre de la matanza. Arrancó uno á uno todos los velos en que se ocultaba, y al verse ella desenmascarada, montó en ira y juró su ruina; pero el Papa no se intimidó, cayó mártir pero no vencido. A esta época

perfectamente cuadran las palabras del Salmista: *As-titerunt reges terrae et principes convenerunt in unum adversus Dominum, et adversus Christum eius.*

(1) Reuniéronse los reyes de la tierra y los potentados celebraron conciliábulos en contra del Señor y de su Ungido.

Ceñía la corona imperial de Francia un hombre que había de ser fatal á su patria. Carácter á la vez flemático y quimérico nada tenía de la viveza y expansión del pueblo francés ni del sentido práctico de las razas del Norte. Bajo un mutismo que parecía profundidad, y bajo una apariencia de resolución y de firmeza que deslumbró mientras le sonrió la fortuna, escondía el carácter más irresoluto y contradictorio. Siguió siempre, tratándose del Pontífice Santo, la política más tortuosa. Defendió sus derechos por captarse la benevolencia de la Francia católica y engañó á ésta cuando era más necesaria su intervención contra los perseguidores del Pontífice. Haciéndose la ilusión de dominar y encauzar el movimiento revolucionario, sólo fué el protegido de la revolución y finalmente, el que se gloriaba en llamarse hijo primogénito de la Iglesia, pactaba en Chambery con el rey del Piamonte el despojo de los Estados Pontificios en favor de éste. Dios castigó al que pudo y debió salvar á la Iglesia, no permitiéndole que salvase á su Francia y no concediéndole en Sedán que al menos supiese morir por ella.

Fué, pues, Napoleón III el escudo de la revolución, pero á ésta hacía falta una espada y una bandera, y halló una y otra en Víctor Manuel, rey de Cerdeña. Enteramente desprovisto de principios y de buena fe política, empleó considerable dosis de sutileza con la

(1) P. 5 II. 3.

que aparentó constantemente ser arrastrado por la revolución, al paso que no dejaba de aguijonearla empujándola hacia adelante; pero cuando los sucesos le obligaron nunca vaciló, ora tuviese que negar su firma, como lo hizo después del tratado de Zurich y del convenio de Chambery; ora se tratase de destronar á quien estaba unido á él con los estrechos vínculos de la sangre como cuando él mismo sitió á Francisco II en Gaeta; ora de hacer traición á un amigo y bienhechor, como el gran duque de Toscana. Por la más amarga de las ironías fué llamado rey caballero. Tocóle en suerte la innoble misión de ocupar los dominios del Rey de Roma y Pontífice de la Iglesia Universal y llenar de amargura los últimos años de su vida.

Al terminar la guerra empeñada entre el Piamonte y el Austria, quiso el Rey coronar su victoria cometiéndole la primera de sus usurpaciones, y el ejército piamontés ocupó las Legaciones de la Romanía. Las notas diplomáticas del emperador de Francia, dieron á conocer al Padre Santo y á la cristiandad entera que esto había sido convenido de antemano y que las ambiciones irían más allá. Entonces se pensó en formar un ejército que defendiera los derechos de San Pedro. Dios colocó al lado de Pio IX á un joven sacerdote digno émulo de Uniade y de San Juan Capistrano. Era belga, é hijo del principal fundador de la independencia de su país, y antes de ser sacerdote había militado bajo la bandera francesa. Llamábase Monseñor Francisco Javier de Merode, Camarero de Su Santidad, Ministro de la Guerra, después y al fin limosnero mayor y Arzobispo de Melitene. En las revueltas del 48 simple sacerdote aún, dió muestras de su invicto valor. Un grupo de fanáticos se lanzó al ataque del Gesu, con hachas y pez ardiendo. Unos cantaban el *De Profun-*

*dis* ó el *Miserere*, y otros gritaban: ¡abrid fosas! Preparad sudarios, y parodiando ceremonias fúnebres fijaron en la puerta del convento un cartel con esta inscripción: "Est locanda" (se alquila.) La guardia cívica vendida ó cobarde, miraba y callaba, cuando el Abate de Merode, abriéndose paso á través de la multitud, arrancó el cartel y dijo á los amotinados: "Eso que hacéis es una cobardía!" y la muchedumbre disgustada al principio, no pudo menos de aplaudir aquel rasgo de valor.

Monseñor de Merode, comisionado por Pio IX parte á la Bretaña en busca del ilustre general Lamoriciere, del que hizo prisionero á Abdel-Kader y después salvó la civilización en las calles de París. «Una tarde refiere Monseñor Dupauloup, en la oración fúnebre de Lamoriciere, hallábanse reunidos en el castillo de Prouzel, un general, un sacerdote y un joven. Discutiáse si el general iría ó no á ponerse al frente del ejército del Papa. No se trataba de aumentar su gloria sino de obscurecerla; no de ilustrar su existencia sino de sacrificarla. Pedíasele que abandonase Francia y tomase el mando de un puñado de jóvenes que no habían oído silbar las balas, y cuyas cartucheras estaban vacías y sus arsenales exhaustos; que hablaban distintas lenguas; pero se hallaban reunidos por la fe en un reducido territorio y cercados por dos ejércitos diez veces más numerosos, más aguerridos y mejor equipados; tratábase de que pasase á los ojos de las personas sensatas como un atolondrado; á los de los políticos como un faccioso; á los de los militares como un jefe aventurero; en una palabra, de luchar sin esperanza y de morir sin gloria. El sacerdote, era Monseñor de Merode y hablaba con calor mientras el general meditaba.

Súbitamente se levanta el soldado y dice en voz clara y tranquila: *Iré*. El joven admirado prorrumpió en llanto. Levantóse el sacerdote, y apoyando sus manos sobre los hombros del que hacía aquella promesa, como para bendecirle, inclinó silenciosamente la cabeza sobre el pecho del héroe y le dió un ósculo en el corazón. El general entonces marchó por vez primera á una derrota. Debía ser vencido como los cruzados, cuyas derrotas salvaron á Europa y á la civilización del mundo; fué vencido, pero después de haber manchado de sangre las manos de los invasores; de esa sangre que no se borrará nunca,

Al llegar á Roma, el nuevo ministro de las armas y el general del ejército pontificio desplegaron tal actividad, que en el espacio de algunos meses tuvieron organizado un pequeño ejército de 20 á 25,000 hombres, inspirados por la fe y animados del más acendrado amor á la silla de Pedro y que sólo necesitaba ya tiempo para ser brillante, al grado de que poseído de admiración el Pontífice, no pudo menos que decir á los circunstantes en la primera revista que pasó á la tropa y refiriéndose á Mr. de Merode y á Lamoriciere: «Confesad que estoy bien servido; tengo por ministros al rayo y al huracán.»

¡Pero ay! este valeroso ejército más bien debía servir de protesta que de defensa. Era necesario que el mundo supiese que el rey del Piamonte á viva fuerza se apoderaba del territorio pontificio, inmolando á sus defensores. Era necesario, que el orbe viese los heroicos sacrificios de que es capaz el soldado cristiano poseído de la nobleza de su causa. El ejército piamontés, compuesto de 70,000 hombres, invadió al mismo tiempo toda la frontera de los Estados Pontificios, y el ejército cristiano tuvo que sucumbir al número, des-

pués de haber hecho prodigios de valor, y de haber hecho pagar muy cara la victoria.

¡Salud, cenizas ilustres de los vencidos en Castelfidardo! Vosotros hicisteis comprender al mundo, que si la era de los perseguidores no se ha cerrado aún, tampoco se ha acabado en la Iglesia la simiente gloriosa de los mártires.

Al ilustre Lamoriciere que falleció á fines de 1865, sucedió el general Kansler que trató de reorganizar el reducido ejército pontificio, y sus esfuerzos fueron coronados del mejor éxito. El egregio prelado de esta Diócesis, que á los lauros conseguidos en las lides literarias, y en sus tareas apostólicas añade los de haber militado por la santa causa, os podrá encomiar debidamente la fe inquebrantable de su general, el valor indómito, las virtudes que lo hicieron el ejemplar del soldado cristiano. Dios le concedió la gloria y al Pontífice el consuelo de la jornada de Mentana, en donde las huestes garibaldinas fueron dispersadas por un puñado de zuavos del Pontífice.

Mas ¡ay! nada era capaz de apartar de sus perversos designios á las sectas enemigas de todo orden religioso y social. Ellas se habían ligado con los poderosos de la tierra, que olvidando sus deberes y las tradiciones de su dinastía, se preparaban ya á consumar la grande iniquidad del siglo. La declaración de la infalibilidad del Papa había enardecido su odio, porque entrañaba la condenación del liberalismo, y la guerra franco-prusiana les presentó una ocasión azás favorable para consumarlo.

El infausto 20 de Septiembre de 1870, el ejército piemontés sitiaba por todas partes la Ciudad Eterna. Desde la víspera se había intimado la rendición á la plaza, y el Santo Pío IX, que á pesar de sus años había subi-

do de rodillas los veintisiete escalones de la Escala Santa, al bajar exclamó: "Si no podemos impedir que penetre el ladrón, que conste por lo menos que entra con fractura" y escribiendo al general Kansler una carta llena de agradecimiento para él y para sus tropas, ordenó que sólo se defendiese mientras no hubiera en la muralla una brecha practicable. Así se verificó, y consumándose el gran sacrilegio, y la mayor injusticia, Pío IX quedó desde ese día prisionero de un rey que osaba llamarse católico y caballero, y que sin provocación y aun sin sombra de motivo, se apoderaba de los dominios de San Pedro.

Desde ese día, Pío IX ostentando al mismo tiempo la paciencia y la heroicidad de un mártir, y el celo ardiente de un apóstol, pasó en los últimos siete años de su vida sembrando y cosechando el bien de toda la cristiandad.

Gloria y prez á tí, Pontífice magnánimo, fiel hasta lo último á Aquel que te envió y á aquellos á quienes te envió. Tú no traicionaste ni á tu Dios, ni á tu misión, ni á nuestras almas. Los siglos venideros admirarán en tí, la gloria del combate, el honor de la derrota, la dignidad en la muerte, la certidumbre de la esperanza. Jamás cupo á tu constancia la más ligera vacilación; tus labios no se cerraron cuando fué preciso proclamar la verdad proscrita; tú la colocaste en un trono que las revoluciones humanas no podrán derrocar. Vencido, permaneciste al abrigo de innobles terrores, no te humillaste á pactar con el vencedor. Desolado, pero tranquilo, victorioso por la esperanza de tu fé, tú pudiste decir con el Apóstol: Yo he peleado en una santa guerra, yo he consumado el curso de mi vida en medio de crueles dolores, yo he guardado incólume el depósito de la fé, me resta ahora recibir la corona del solda-

do que peleó hasta el fin, corona que colocará en mis sienes el justo Juez. ¡Oh Pontífice Santo! mientras que tus sufrimientos germinan y fructifican, mientras que tu digno sucesor, como lo esperamos, recoge con gozo lo que tú sembraste con dolor; vive y reina con Cristo.

Perdonadme, señores, si deslumbrada mi vista con la principal figura del cuadro que ofrecía el oratorio privado del Pontífice Romano, en el día 12 de Marzo de 1871, apenas me queda tiempo para recordar los nombres de los tres prelados que no he mencionado aún.

Sea el primero el del Illmo. Sr. Francisco Marinelli obispo de Porfíreon, sacristán de su Santidad y Párroco de los sagrados Palacios Apostólicos. Tocóme aún la suerte de conocerlo al lado del Sumo Pontífice reinante. Era hijo de la esclarecida orden agustiniana, y las virtudes y santos hábitos de austeridad y de pobreza adquiridos bajo las bóvedas del claustro no se disiparon al pisar las mullidas alfombras de la corte. Lejos de toda cuestión política pasó largos años procurando el bien de sus ilustres feligreses y llorando con el Pontífice las desgracias de la nueva Sión.

También en el alma santa y en el corazón magnánimo del Noveno Pío fué á templar la suya y á acorazarla contra el dolor y la persecución, el nunca bien llorado Arzobispo de México Monseñor Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, insigne bienhechor mío. Las virtudes cristianas que cultivó desde la cuna hallaron noble estímulo en las del Vicario de Jesucristo. Acrecentóse allí esa mansedumbre y esa dulzura que sabía robar los corazones aún de los más encarnizados enemigos de nuestra religión; esa generosidad con que jamás se cansó de perdonar; esa actividad asombro-

sa que le hacía trabajar sin descanso aún agobiado por los dolores y las enfermedades; esa caridad que le hacía impotente para oír el relato de una aflicción sin apresurarse á socorrerla; esa modestia y desprecio á las comodidades y al lujo que lo hacía parecer austero religioso; esa firmeza, finalmente, con que siempre defendió los intereses de la Iglesia sin temor á las persecuciones y al destierro.

Consagremos finalmente un piadoso recuerdo al mártir de Jesucristo, el Illmo. Sr. Checa, Arzobispo de Quito. El pudo decir con el Apóstol San Pablo al presentarse ante el Supremo Juez, engalanado con las rosas inmarcesibles que ganó en la práctica de las virtudes así privadas como apostólicas, y llevando en la mano la palma que consiguió muriendo en odio á la religión: *Magnificabitur Christus in corpore meo sive per vitam, sive per mortem.* [1] Todos sabéis que las sectas masónicas del Ecuador que habían ya asesinado al eminente estadista García Moreno, cometieron un doble sacrilegio haciendo beber la muerte al celoso Arzobispo en el mismo cáliz en que consumía las santas especies el Viernes Santo de 1876.

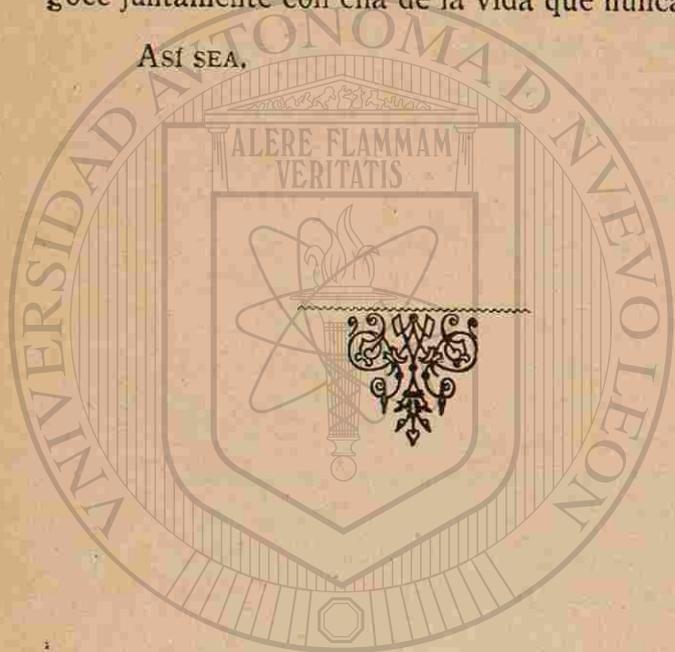
He llegado, señores, al fin de mi larga tarea, sólo me queda exhortaros á que antes de abandonar este santo lugar elevéis vuestra última plegaria por el alma de los ilustres varones cuyos nombres he citado y á quienes está consagrada esta fúnebre ceremonia.

¡Oh Jesús, Sumo y Eterno sacerdote, que elegiste á tu siervo Pío para que fuese tu Vicario en la tierra y que á su misión asociaste los ilustres prelados cuyas virtudes acabamos de recordar, concédeles el eterno

(1) Phil. I. 20.

descanso; y al Ilustrísimo Prelado, que á impulsos de la gratitud mezcla este triste recuerdo á las santas alegrías de su jubileo, concede largos años de vida y dá fecundidad á sus trabajos apostólicos para que edificando á su grey con la palabra y el ejemplo, goce juntamente con ella de la vida que nunca acaba.

ASÍ SEA.



# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO  
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

